

las mugeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis amantes y de mis adoradores. No necesitamos ya de la vieja para nada: puedes venir aquí con toda libertad; porque nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion, mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hízose general, fué viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada difíciles de entenderse. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, brillaba sobre todos mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra parte nuestros amos y las comediantas reian tan poderosamente por la parte alta, que se conocia no ser su conversacion mas seria, ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dixéron aquella noche en casa de Arsenia, se pudiera componer un libro muy instructivo para la juventud. Miétras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa, quiero decir, que ya habia amanecido, y fué preciso separarnos. Clarin siguió á Don Alexo, y yo me retiré con Don Matias.

CAPITULO VI.

De la conversacion de algunos señores sobre los comediantes de la compañía del Príncipe.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama recibió un billete de Don Alexo Seguíer, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasámos á ella, y encontramos allí al Marques de Zenete y á otro caballerito de buena traza, á quien yo nunca habia visto. D. Matias (dixo Seguíer á mi amo, presentándole el tal caballerito) este caballero es Don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la Corte de Varsovia casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Polonia. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y mas divertido tengo necesidad de tí y del Marques de Zenete. Al oír esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de Don Alexo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decia Don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido y de un discernimiento delicado y justo.

Comiéron todos en casa de Seguíer, y despues de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entón-

ces fuéron todos al teatro en el Corral del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada : *La Reyna de Cartago*. Acabada la representacion volviéron juntos á cenar donde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la comedia que acababan de oír, y los actores que la representáron. En quanto al drama, dixo Don Matias, hago poco aprecio de él; porque encuentro á Eneas mas frio é insulso que en la Eneyda; pero es preciso confesar que se presentó divinamente. Veámos lo que nos dice el señor D. Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir. Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á Vmds. tan pagados de sus actores, y tan hechizados particularmente con sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no van de acuerdo nuestras opiniones. Bien dicho (interrumpió burlándose Don Alexo) porque aquí seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices á presencia de los trompeteros de su reputacion. Nosotros vivimos y bebemos todos los dias con ellas, somos garantes del primor con que representan; y, si fuere menester, daremos certificaciones de que no es posible representar con mayor delicadeza, y ni aun con igual perfeccion, No lo dudo (interrumpió el pariente) y tambien pudieran Vmds. darlas de su vida y costumbres, segun la familiaridad con que voy viendo que las tratan.

Sin duda que serán mejores vuestros comediantes

de Polonia, dixo entónces zumbándose el Marques Zenete. Sí ciertamente, respondió Don Pompeyo, valen algo mas que los de Madrid. Por lo ménos hay algunos en quienes no se nota el mas mínimo defecto. Esos tales, replicó el Marques, estarán seguros de vuestras certificaciones. Yo, repuso Don Pompeyo, no tengo trato alguno con ellos, ni concuro á sus francachelas; y así puedo juzgar de su mérito sin prevencion ni parcialidad. Pero en buena fe, prosiguió, ¿estais verdaderamente persuadidos á que en vuestros comediantes teneis una compañía excelente? No parblios, respondió el Marques, yo solamente defiendo un número muy corto de los actores, y abandono á todos los demas. ¿Pero me negareis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido? ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la magestad y con todo el agrado que nos figurámos en aquella desgraciada Reyna? ¿Y no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diferentes, que excitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se consume ó que se exála quando llega á lo mas fino y mas patético de la declamacion. Convengo, respondió Don Pompeyo, en que mueve á llanto y excita compasion; esto quiere decir que representa bien, pero no que no tenga sus defectos. Dos ó tres cosas me chocaron en ella. Por exemplo: quiere expresar un
afec-

afecto de admiracion ó de sorpresa. Vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la magestuosa gravedad de una Princesa. Añádese á esto, que intentando engrosar un poco la voz, la qual es naturalmente dulce y delicada, hace una especie de sonido bronco muy desapacible. Fuera de eso, en mas de un lugar de la pieza hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no entendia aquello mismo que decia. Con todo creo mas bien que fuese alguna distraccion, que no falta de inteligencia.

A lo que veo (dixo Don Matias á este censor) ¿vos no estais de humor de componer versos en aplauso de nuestras comediantas? Perdonadme, respondió Don Pompeyo, ántes bien descubro en ellas un gran talento por entre los celages de algunos ligeros defectos. Y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en los intermedios. ¿Que gran naturalidad! ¿Con qué gracia se presentó en las tablas! ¿Tiene en su papel un dicho agudo? Le sazona con una cierta risita maligna, llena de mil gracias, que le añaden infinita sal. Podrá quizá notársela que alguna vez se dexa llevar con un poco de exceso de su viveza, y que pasa los límites de un desembarazo mugeril, que siempre debe contentarse en los términos de vergonzoso y honesto; pero no hémos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera que corrigiese una mala costumbre. Mu-
chas

chas veces en medio de la scena, y en un pasage serio, interrumpe de repente la accion, por dexarse llevar de un ímpetu de reir que de repente la viene. Diráseme acaso que entónces es precisamente quando mas la aplauden el patio y la cazuela. ¡Grande aprobacion por cierto!

¿Y qué nos dice Vmd. de los comediantes? Sin duda que contra estos disparará toda su artillería, quando no ha perdonado á las comediantas. No es así (respondió Don Pompeyo.) ví algunos actores mozos que dan mucha esperanza; sobre todo me contentó grandemente aquel comediante gordo que hizo el papel de primer Ministro de Dido. Recita muy naturalmente y como se debe recitar. Si esos le contentaron á Vmd. tanto, dixo Seguíer, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Eneas. ¿No le pareció á Vmd. un gran comediante, un actor original? Y aun demasiadamente original, respondió Don Pompeyo, porque tiene tonos que son privativos suyos, por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos están fuera del natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se pára en las otras que no tienen alguno. Tal vez hace tambien gran fracaso en las puras conjunciones. Divirtiome infinitamente, con especialidad en aquel pasage en que explica á su confidente la gran violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su Princesa. No es fácil expresar un dolor tan cómicamente. Poco á poco, primo
(re-

(replicó Don Alexo) al paso que vas nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la Corte de Varsovia. ¿Sabes que el actor de quien se trata es un hombre raro? ¿No oíste las palmadas y los vivas con que fué de todos celebrado? Todo esto prueba que no es tan malo como le pintas. Nada prueban esas palmadas ni esos vivas. Dexémos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo de todas clases. Frecuentemente los da fuera de tiempo y contra toda razon; y por lo comun aplaude ménos al verdadero mérito que al falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permittedme que os la refiera.

Juntóse en una gran plaza todo el Pueblo de cierta Ciudad para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon, al acabar otros varios juegos de manos quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dexóse ver solo en el tablado, cubrió la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó á remedar el gruñido de un lechoncillo de leche, con tanta propiedad que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debaxo de la capa algun marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa; hizolo así, y viendo que no tenia cosa alguna debaxo de ella, se renovaron los aplausos y la furiosa algazara del populacho. Un labrador que estaba en el auditorio, chocándole mucho aque-

llas

llas importunas expresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio, y dixo: señores, sin razon se admiran Vmds. de lo que hace este bufon. No ha hecho el papel de marranito lechal con tanta perfeccion como á Vmds. les parece. Yo le sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al día siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silvar al paysano que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dexáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon, y fué mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador: agáchase cubierto con su capa, tira de la oreja á un marranito que llevaba escondido baxo el brazo, y el animalito comienza á dar unos gruñidos que taladraban las orejas. Sin embargo el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silvos. No por eso se turbó, ni se desconcertó el buen labrador; ántes bien mostrando el lechoncillo al auditorio: señores, dixo con mucha socarroneria, *Vmds. no me han silvado á mí, sino al marrano. Miren ahora que buenos jueces son.*

Primo, dixo Don Alexo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncico, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudémos de asunto, prosiguió, porque este ya me empalaga. ¿Con que tú estás resuel-

to

to á partir mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en gozar por mas tiempo de tu amable compañía? Tambien quisiera yo, respondió su pariente, gozar mas despacio de la tuya, pero no puedo. Ya te dixé que vine á la Corte por cierto negocio de Estado. Ayer hablé al primer Ministro, mañana debo volver á verle, y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Varsovia. Cátate un Polaco hecho y derecho, replicó Seguíer, y segun todas las señas nunca vendrás á establecer te en Madrid. Creo que no, respondió Don Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el Rey de Polonia, y estoy bien hallado en su Corte; pero ¿creerás tú que no obstante la bondad con que me distingue su Real benignidad, no faltó un tris para que saliese desterrado para siempre de sus dominios? ¿Cómo así? le replicó Don Alexo. Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto respondió Don Pompeyo, y al mismo tiempo contaré tambien la historia de mi vida.

CAPITULO VII.

Historia de D. Pompeyo de Castro.

Ya sabe Don Alexo (prosiguió Don Pompeyo) que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas, y como en España gozábamos una paz octaviana, tomé el partido de ir á Polonia, á quien los Turcos acababan de declarar la guerra.

ra. Me presenté al Rey, y obtuve empleo en su Ejército. Era yo un segundón de los ménos ricos de España, lo que me puso en precisión de señalarme en las funciones con hazañas que mereciesen la atención del General. Hice mi deber de modo que el Rey me adelantó y me puso en parage de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran Vmds., me dediqué á seguir la Corte, y S.M. por los buenos informes que diéron de mí los Generales, me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosidad del Monarca, no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poníame á su presencia en todas aquellas horas en que era permitido verle y hacerle corte. Por esta conducta me introduxe insensiblemente en su amor, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un día en que se corrieron cañas y sortija en un torneo sobresalió mi buena suerte de manera que toda la Corte aplaudió mi valor y mi destreza. Volví á casa colmado de aclamaciones, y halléme con un billete de cierta dama, cuya conquista me lisongeó mas que todo el honor y todos los aplausos de aquel día. Decíame en él que deseaba hablarme, y que para eso á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que ella misma señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido, no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente